

Poscrecimiento: busquemos lo que nos une

Francisco Castejón Miembro de Acción en Red de Madrid

14 - 02 - 2023

1.- El Decrecimiento

En el seno del mundo ecologista se ha extendido una teoría, o mejor, una familia de teorías bajo la palabra decrecimiento.

El punto común de todas ellas es que es necesario decrecer en consumo, en la producción, en la economía, para resolver los problemas ambientales que nos acucian. Para ello defienden la austeridad, la disminución del consumo y un cambio profundo de valores sociales. Pero llegan más allá e impugnan la idea de progreso y critican toda la estructura científica. Las teorías decrecentistas quieren construir un mundo más sencillo, menos poblado y con mucho menos protagonismo para la ciencia y la tecnología. De hecho propugnan una vuelta al mundo rural con sus formas de vida tradicionales. Se opone a la modernidad e impugna la sociedad occidental.

Como interesante ingrediente que aportan estas teorías, el decrecimiento es inasumible por el sistema capitalista imperante que se basa en el crecimiento sin límites del PIB. La oposición al ordenamiento económico actual ve en el decrecimiento un desafío insalvable para este sistema económico. Y sin duda lo es. Es un término del que el sistema capitalista no puede apropiarse para embellecerse o realizarse un lavado verde. Esto hace que el término tenga un gran poder de seducción en los ámbitos críticos con el capitalismo.

El decrecentismo afronta algunos problemas al tratar con las desigualdades. El decrecimiento no puede ser aplicado igual a las capas más ricas que a las más pobres de los países ricos, ni puede tratar igual a países ricos y pobres. En estos casos se ve obligado a matizarse a sí mismo y decir que el decrecimiento no se aplicará a todo el mundo por igualo que se pondrá por delante la equidad. Por tanto, es necesario recurrir a explicaciones complementarias.

El decrecimiento se propone como la única alternativa al colapso. Y todavía hay quienes afirman que el colapso ya es inevitable, que estamos condenados a una serie de catástrofes que darán al traste con nuestra civilización y nuestras formas de vida.

Pero un problema fundamental de las teorías decrecentistas es que, en el fondo, no ponen en cuestión la contabilidad oficial basada en el PIB, que no tiene en cuenta los impactos ambientales ni el valor auténtico de los bienes naturales. El decrecimiento no favorece la realización de políticas concretas o pequeños pasos.

La sociedad aspira, con razón a vivir mejor. Aunque es necesario definir bien ese "mejor", como alcanzar una verdadera calidad de vida. Y resulta que si hiciéramos las cuentas del impacto del programa ecologista sobre el PIB, es posible que en el corto plazo el PIB creciera. Hay que tener en cuenta que necesitamos aumentar y mejorar los servicios sociales, el desmantelamiento de actividades contaminantes. La impulsión de renovables, la mejora de la movilidad, ... todas ellas actividades que con la contabilidad actual darían lugar a crecimiento. Luego el decrecimiento no nos saca de ese campo de debate.

Este hecho, unido al problema de que sus planteamientos dificultan la asunción de políticas concretas a corto plazo que nos permitan cambiar la sociedad, convierten, en mi opinión, el término decrecimiento en un mal eslogan y una mala teoría.

2.- Desarrollo sostenible

Por otra parte, la alternativa ecologista al insensato crecimiento desbordado del PIB que está consumiendo el planeta ha sido durante mucho tiempo, es el desarrollo sostenible. Es decir, aquel

que satisfará las necesidades de las generaciones actuales sin comprometer la satisfacción de las necesidades de las generaciones futuras. Este concepto incluye, además, el interesante término desarrollo, que es definido de forma imaterial, como el proceso de ampliar la gama de opciones de las personas.

Una vez acuñado el término desarrollo sostenible se llenó de contenido, se avanzó en su definición y se afirmó que la sostenibilidad tenía tres patas: la social, la económica y la ambiental. Y aquí empezó la lucha por la interpretación. El ecologismo daba más importancia a la pata ambiental, pero el sindicalismo miraba a la parte social, mientras que empresarios y negociantes se refugiaban en la económica.

El término se popularizó en la sociedad y todos los productos pasaron a llamarse sostenibles, aunque para nada respetaran el medio ambiente ni contribuyeran genuinamente a la sostenibilidad: los coches, la ropa, la energía, ...

Se había entablado una lucha por la interpretación del término, que pasó a llenarse de contenidos que nada tenían que ver con su primera intención. Así, se hablaba de desarrollo sostenido, de crecimiento sostenible y, ya el colmo, de crecimiento sostenido.

Con ser este un inconveniente para la operatividad del término, en mi opinión no lo invalida. Por ejemplo la palabra libertad está siendo manoseada e insultada y no por eso ha perdido vigencia. El ecologismo puede trabajar sobre este término y seguir usándolo, aprovechando su extensión y su capacidad narrativa.

La sostenibilidad implica, por ejemplo, la mejora de la contabilidad y la impugnación del PIB como indicador fundamental del progreso económico. Y da instrumentos para crear una economía ecológica.



3.- Un posible punto de encuentro: el poscrecimiento

El debate sobre el decrecimiento no debería dividir al ecologismo. Hablamos de la necesidad nada menos que de cambiar el mundo y sus valores y para eso necesitamos toda la ayuda y todas las fuerzas posibles.

Si miramos las propuestas decrecentistas, vemos que no se alejan del programa ecologista tradicional: austeridad, moderar el consumo, desarrollo de valores no materiales... No parece difícil, por tanto una unidad en la acción y trabajar juntos para proponer un programa alternativo al pensamiento dominante, que nos permita trabajar a corto plazo.

Ambas tendencias queremos superar el paradigma del crecimiento y construir uno nuevo. No hace mucho apareció en El País un artículo que hablaba de un término superador: el poscrecimiento (<https://elpais.com/clima-y-medio-ambiente/2022-10-12/un-enfoque-distinto-en-el-debate-del-decrecimiento.html>). Emilio Santiago y Héctor Tejero, los antropólogos autores de este artículo titulado "Un enfoque distinto en el debate del decrecimiento" proponen el término poscrecimiento "mientras a alguien se le ocurre una palabra mejor". Sería la del poscrecimiento una nueva era donde el mundo haya superado el espejismo de que se puede crecer sin límite y donde tengamos una teoría económica y unos valores que nos permitan vivir con equidad y respetando los límites de nuestro

planeta. Estos autores reconocen que el decrecimiento impulsa un importante cambio cultural, pero que adolece de no permitir construir políticas, lo que limita la acción, especialmente en la búsqueda de alternativas.

Está claro que nuestro planeta es finito y no permite un crecimiento sin límites y es necesario romper con el espejismo del crecimiento. Pero nuestro planeta es abierto, es decir, recibe energía del sol y la luna y puede emitir gases y calor al espacio exterior. Dado que tenemos un sistema abierto, no aislado, el grado de desorden (la entropía) no está condenado a aumentar. El limitar el desorden de nuestro planeta, es decir, el daño que le hacemos, está en nuestras manos. Con la ayuda de fuentes renovables y la economía circular podemos aspirar a la sostenibilidad, pero solo si nuestro consumo se produce a un ritmo que nos permita reponer los bienes consumidos y reciclar los residuos.

Y es aquí donde aparece la austeridad, la autolimitación y la necesidad de cambiar de paradigma económico. Y también la búsqueda de la justicia social.

4.- Manos a la obra

El colapsismo y el decrecimiento tienden a lanzar mensajes negativos mostrando que los intentos de reformar la economía y la sociedad están condenados al fracaso. Pero de la depresión y

la desesperanza no sale nada positivo, no generan energía para impulsar cambios. Es necesario pensar que existen posibilidades de mejora para movilizar las fuerzas necesarias para abordar los enormes cambios que precisamos. El no hacerlo supone dejar avanzar la crisis climática y ver como aumenta el sufrimiento en el planeta.

La acción socio-política requiere de objetivos concretos para tener alguna efectividad. El programa ecologista no debería renunciar a establecer estas políticas, pues tiene ya elaboradas numerosas propuestas para mejorar la sostenibilidad. Algunas de las viejas reivindicaciones ecologistas se ven hoy puestas en práctica en mayor o menor medida, aunque en su día se consideraban una locura de gentes marginales. El fin del carbón, el despliegue de renovables, los carriles bici, la recogida selectiva de basuras... son solo ejemplos de cómo algunas propuestas ecologistas se han ido abriendo paso.

El trabajo puede hacerse desde los movimientos sociales, pero también mediante el acceso a las instituciones políticas. Desde el poder político se pueden poner en práctica regulaciones que suponen avances medioambientales, reducir los plásticos, fomentar la moderación en el consumo, acabar con los diésel, mejorar el ferrocarril, impulsar las energías renovables adecuadamente, aumentar el ahorro y la eficiencia energéticas, favorecer la democratización de las decisiones ambientales... en suma, combatir el cambio climático y mejorar el planeta.

Los procesos electorales de este año son una oportunidad para establecer este tipo de objetivos que puedan plasmarse en políticas. Tenemos la posibilidad de que gentes de la izquierda ecologista acceda a las instituciones, con la capacidad de cambiar nuestras formas de producción, nuestra movilidad y nuestro estilo de consumo.

El acceso democrático a las instituciones requerirá de esa transformación cultural que el decrecimiento preconiza. Tanto en el estilo de vida y de consumo como en la orientación del voto.

Intentemos imaginar un mundo más allá del crecimiento, en el poscrecimiento, o una palabra que transmita mejor lo que buscamos. ■